

Roberto Arlt o Juan Carlos Onetti, ha tenido una acogida tardía en la Península.

El mundo temático de Kordon se centra en Buenos Aires. Y al decir centrar no se significa excluir. La capital rioplatense es punto de partida de muchos itinerarios, pero siempre punto de regreso y aun sujeto de observación a distancia y de nuevo conocimiento a la vuelta. Todo ello deja de lado severamente las complacencias del porteñismo, la incursión sensiblera del folklore targuístico y la exterioridad del color local. Kordon es un narrador de Buenos Aires, pero un narrador universal y no meramente porteño. Como la aldea de Rulfo, el Faubourg Saint Germain de Proust o la Ferrara judía de Bassani, su Buenos Aires es una manera de existir la humanidad en una circunstancia dada.

Los barrios pobres, los arrabales proletarios, los restos cada vez más escasos de la picaresca, los patios ferroviarios, son el paisaje constante sobre el cual ocurren los títulos definitivos de Kordon, novelas o colecciones de cuentos como *Reina del Plata*, *Domingo en el río*, *Los navegantes*, *Alias Gardelito* y la reciente *Adiós pampa mía*. En ellos no es difícil advertir la irrupción del escritor viajero por momentos entrañables de América del Sur, pero también París o Pekín, que son puntos de referencia para seguir pensando y recreando a Buenos Aires.

En el libro que ahora se reseña, los relatos, provenientes de distintas épocas, sostienen las líneas antes apuntadas. El terremoto de Chile, que no impide a unos viajeros rastrear botellas de buen vino y seguir la juerga; el argentino que en Brasil se siente en la obligación nacional de emplearse como rufiancillo; la chola boliviana que mata a su niño involuntariamente por ocultar un minicontrabando de *whisky*, al lado de viajes por las cocinas de la China inmutable o por los sótanos de Auschwitz, donde murieron tantos judíos que hablaban español (como Kordon), todo ello rodea a una de las piezas más penetrantes y claves de toda la obra kordoniana: *Viaje al Oeste*.

Desde el puerto hasta las orillas del campo, el narrador ensaya en este cuento un viaje por la espina dorsal de Buenos Aires, la calle Rivadavia, que se va internando en la noche y en la pobreza creciente de los barrios, pero también en gajos cada vez más remotos y entrañables del pasado (de nuevo Proust) hasta culminar en dos extremos: un prostíbulo suburbano de hace cuarenta y cinco años y el puerto, de donde se sale para volver infinitas veces. Dos ráfagas pueden acreditar la relación Kordon-Buenos Aires, ya esbozada: «Esta ciudad es muy difícil de comprender, y el secreto para hacerlo puede consistir en haber sido porteño y ya no serlo más... Yo no puedo alimentarme con lo que he comido en París. Debo comer aquí. Dos veces por día. Juro que no lo puedo evitar».

Mucho podría tirarse del hilo a propósito de este escritor con una obra tan fiel a niveles y preocupaciones y, a la vez, servida por una técnica discretamente verista que la aleja de todo peligro contaminante de la moda. A falta de espacio, vaya esta epigramática *Ars poética* kordoniana: «En realidad es lo único que me interesa: la calle y los hechos. En resumen: la vida. Lo demás son suposiciones, comentarios, teorías, derivados, añadidos, *ensayos*. Es decir, convencionalismo, retórica, impotencia, vanidad, hipocresía, trivialidad y resentimiento. En una palabra: literatura». En una literatura que lo es sin querer serlo está uno de los desafíos más radicales de todo escritor: narrar el mundo.—B. M.

## EN POCAS LINEAS

GUILLERMO BOIDO: *Once poemas*. Ed. El lagrimal trifurca. Colección El búho encantado. Rosario (Argentina), 1979.

Temas esenciales como la oposición (confrontación) canto-silencio; la necesidad de nombrar en tanto que dar nombre significa fundar, ayudar a nacer; la memoria no como archivo estático, sino como flujo y reflujo que abre los caminos del conocimiento y también del olvido, son algunos de los temas esenciales de este trabajo denso y sólido de Guillermo Boido.

Nacido en Buenos Aires en 1941, profesor de ciencias, ha publicado *Situación* (1971) y *Poemas para escribir en un muro* (1975), y pese a escasez cuantitativa de su obra (sus libros siempre cobijan pocos textos), Boido es ya—sin duda—uno de los poquísimos autores originales y maduros que puede inventariar la década de los setenta en el panorama de la poesía argentina.

La palabra es para Boido instrumento de indagación metafísica y suma de descubrimientos que conduce a organizar la realidad mediante diversos artilugios, uno de ellos el juego de oposiciones, como cuando aborda la relación canto-silencio y encuentra que «*El sedimento del olvido / yace en la sangre más viva. / Luego decae. Desencadena / su perfección: el silencio*»; sin embargo, «*La luz del alba canta*», y al mismo tiempo «*Golpeado por la luz, / un pájaro ve, y calla: escucha*». Tal vez porque como escribe en el último poema, que es simultáneamente colofón y resumen: «*la vida es una voz / que olvida lo que canta*». Pero el poeta tiene el deber de nombrar (¿porque las cosas sólo existen en la medida en que son nombradas?) y en este plano vuelven a aparecer los contra-

pesos: «Una palabra asciende y otra / desciende. Dos palabras son la voz de nadie, / pero nombran al mundo», aunque «A veces el mapa de la vida / orienta de otro modo sus caminos. Sus nombres / no designan, solamente / cantan. El mapa / modifica aquí o allá su escala, adquiere / los contornos de un rostro, se transforma / en un hombre. Y espera».

En el mismo sentido la poesía es también enmascaramiento de la realidad a veces para aprovechar posibilidades miméticas, otras para superponer imágenes que actúen como puentes sucesivos que permitan descubrir las más profundas complejidades o esplendores del mundo, sus reflejos inéditos: «Palabras por encima del silencio quieto. Máscara / de una máscara. Palabras quietas / por debajo del silencio. / Máscara de otra máscara».

El poema número 10 merece un análisis detallado—y seguramente lo tendrá—, pero en el magro espacio que permite esta sección, lo mejor y más ilustrativo para el lector sea transcribirlo: «Animal de mareas. De tu memoria nace. / De cuerpos como voces / se alimenta. Emerge / de la fugacidad de lo que puede ser nombrado. / Entrega / tu tiempo a otro. Dibuja / tu rasgo en el rostro de otro. Sepulta / tu recuerdo en el olvido de otro. / Y ya no eres tú, no eres otro. / Animal de mareas. Cuerpo de formas, / no de materia. Con la ferocidad de la entrega / lo aplacas. / Te abandona, simula / abandonarte. Nunca sabrás dónde se ha cumplido, ni dónde aguarda, por qué regresa, cuándo, / bajo qué piel, qué gesto, qué lejanía. / Animal de mareas. Lento animal / que asecha. En tu memoria / crece. Le has dado / tu soledad, antes de ser un canto. / Tu voz, antes de ser palabra. / Tu nombre, antes de ser corazón final, / definitivo del silencio. / Animal de mareas. Sabe de ti cuanto tú no sabes. / Es tu memoria: el verdadero sitio de la muerte».—H. S.

VARIOS AUTORES: *Breve antología de cuento humorístico uruguayo*. Ed. Alkali. Colección ABC del lector. Montevideo (Uruguay), 1979.

La literatura uruguaya posee una notoria tradición humorística de muy variado espectro que abarca desde el chiste directo tipo *gag* hasta la descripción socarrona o el puro matiz verbal. La ironía puede surgir de la observación risueña de ciertos hábitos y costumbres o de una segunda lectura de situaciones aparentemente dramáticas. Pero es casi siempre mediante la descripción del lenguaje popular como los humoristas uruguayos extraen sus mejores hallazgos.

Esta breve antología (que indudablemente no agota, ni lo pretende,

la lista de autores dedicados al tema) incluye nueve nombres de diversos estilos, pero de un homogéneo espíritu de comicidad. Javier de Viana, Yamandú Rodríguez, Juan José Morosoli, José Monegal, Francisco Espínola, Julio César Castro y Mario Arregui ubican sus narraciones en el ambiente campesino, destacándose los cuentos de Francisco Espínola (cuya obra merecería una mayor atención crítica) y Javier de Viana. El clima ciudadano es el marco de los textos de Carlos Mendive, quien desarrolla su trama en Montevideo, y Enrique Estrázulas, representado por una obsesiva pesadilla que abarca capitales sudamericanas cuyos habitantes son descritos mediante una singular capacidad de observación.

El segundo aspecto a cubrir por una selección de este tipo, una vez logrado el literario, es la risa; y en este aspecto el objetivo también ha sido alcanzado.—*H. S.*

DANIEL SAMOILOVICH: *Cómo jugar y divertirse con escritores famosos*. Ed. Altalena. Madrid, 1980.

En el prólogo, Daniel Samoilovich (poeta y autor de varios trabajos especializados sobre comunicación de masas) explica: «La literatura ha ido al juego a pedirle de todo: desde temas hasta ambientes, desde ideas estructurales hasta mecanismos de creación. Y el juego, consciente de ser una entidad literaria como pocas, una especie de cuento que siempre se vuelve a contar y siempre se vuelve a leer, ha sabido darle a cada escritor lo que pedía. A lo largo de este libro—continúa—unos brevísimos apuntes reseñan la presencia del juego en la obra de algunos grandes escritores; esa presencia es múltiple y, de hecho, en el libro se incluyen juegos muy diversos. Diversos en su complejidad, que va desde una inocente adivinanza de las que divertían a los asistentes a la tertulia de Gómez de la Serna en el «Café Pombo», allá por los años 10, hasta un criptograma que supo quitarle el sueño al flemático Sherlock Holmes. Diversos también en sus características, que permitirían agruparlos en tres categorías: 1) acertijos, problemas, enigmas, cuyas soluciones se encuentran en las últimas páginas; 2) juegos sociales que son la explicitación o el desarrollo de juegos que se encuentran en diversos libros, y 3) juegos creativos, propuestas para escribir, inspiradas en la obra o en el método de trabajo de diversos autores».

Así desfilan por el libro los nombres de Edgar Poe, William Shakespeare, un amplio capítulo dedicado a André Breton, el pope de los surrealistas (quienes demostraron una particular inclinación lúdica en to-

dos sus actos y propuestas); William Burroughs, Lewis Carroll, Ray Bradbury, Guillaume, Apollinaire, Julio Cortázar, Guillermo Cabrera Infante, Edward Lear, Vladimir Nabokov y Arthur Conan Doyle. También tiene una gracia especial el capítulo dedicado a Jonathan Swift, donde Samoilovich plantea una serie de problemas matemáticos surgidos de las andanzas de Gulliver en el país de Lilliput.

El volumen puede ser utilizado, tal como expresa el título, simplemente para jugar, pero al mismo tiempo es una doble prueba: de erudición y amor a la literatura. Una demostración de que en ese sistema de cajas chinas infinitas que es la obra de un gran escritor, siempre existe una posibilidad inédita, un ángulo desconocido de abordaje.—H. S.

JOSE CARLOS GALLARDO: *Dolor en cera*. Colección Dulcinea. Madrid, 1979.

Nacido en Granada en 1925, José Carlos Gallardo reside en Argentina desde hace más de dos décadas. En Buenos Aires imparte cursos sobre poesía española y ha logrado—lo mismo que en España—multitud de premios. Ha publicado una veintena de libros de poesía y su amplitud de registros cubre muy distinta temática: el desarraigo, la soledad, el paso del tiempo, el elogio del paisaje, el amor, la pasión por la historia americana y el destino de aquel continente. En el poema «Un cuento» se autodefine: «*Mi vida ha consistido en relatar al niño / que soy. Escasamente, digo algo del hombre / que a solas va conmigo. Cuento mi memoria, / lo que no he vivido o lo que está por sucederme / como si fueran cosas de otro siglo. / ... / Tengo el don de nombrar lo que no veo / como si fuera parte de lo visto*».

En este nuevo libro, Gallardo cuenta—recuerda—momentos, imágenes de su niñez: «*Cuento una infancia como / quien cuenta un papel amarillo: / con él me he hecho pájaros / fantásticos y desmedidos, / arenas victoriosas, nubes / ligeras, torrentosos ríos, / y una tormenta laboriosa como una alfombra / que llevara volando a mi camino*».

Poseen una entrañable calidez aquellos poemas en los que Gallardo evoca a su madre, tema siempre difícil por lo trillado: «*A veces la espiaba por la puerta. / ... Otras veces, la veía en la terraza / tendiendo ropa, y me inventaba roces / de sol, pedazos de aleluya, oreos / de caleidoscopio de canciones*». Pero un día, en medio de esa paz familiar, «*un fusil apareció empuñando una bandera. La tierra se salió de madre. / Los rincones saltaron de su polvo y levantaron / un griterío de*

*muertos espontáneos. Las gargantas / mostraban el sádico tatuaje de las balas». En ese «Tiempo de guerra»: «vivir era como estar mirando a los otros. / Estábamos en la ventana limpiándonos / las telarañas de un lejano abismo mohoso. / Dios, recortado en papel de Catecismo Ripalda, / era un vacío misericordioso. / Vivir era una mano extendida en la mirada / y un pañuelo parroquial colgado de los ojos. / Más allá de la calle, por entre los silbidos / y los soldados vivos que pasaban con la muerte al hombro, / nos llegaba el rumor oloroso y caliente / de los lejanos hornos». Otro día se produce un bombardeo: «Habías acabado de llorar. / Como siempre. Y tenías el silencio / amontonado en las lentes. / ... Tú en la mesa camilla remendabas / rezos y calcetines, obediencias / terribles y guitarras embriagadas. / De pronto una explosión movió los centros, / levantó gritos, derrumbó paredes, y, endemoniada, fuiste hasta el tejado, / donde el hijo, en silencio, entrevistaba a los pájaros».*

La última descripción, tal vez la definitiva de su madre, la traza Gallardo en el poema que cierra el libro: «Segunda fotografía española de mi madre», donde dice: «Era de harina y mosto candeal, de tristeza / fina como las rejas carcelarias del cante; / y tenía en los ojos una quieta manera / de llegar como un río se asoma por el cauce. / Nunca estuvo en la vida. Se cayó desde el vientre / como en la propia sangre se caen los animales, / y quedó en la raíz / entre los hijos / amamantándose».—H. S.

VICENTE ZITO LEMA: *Retorno* (edición bilingüe castellano-holandés). Ed. SKAN. Amsterdam (Holanda), 1980.

Nacido en Buenos Aires en 1939, Vicente Zito Lema integra la llamada generación del 60. Ha publicado, entre otros títulos, *Tiempo de niñez*, 1964; *Pueblo en la costa*, 1966; *Feudal cortesía en la prisión del cerebro*, 1970; *Blues largo y violento*, 1971, y recientemente, en Barcelona, *In memoriam a los caídos*, 1979. Es también autor de libros periodísticos y de varios ensayos sobre literatura e historia argentina. Fundó y dirigió las revistas *Cero* y *Talismán*, y fue una de las voces más críticas de ciertas actitudes que él juzgó conformistas de parte de su propia generación. A él se debe el redescubrimiento del poeta Jacobo Fijman, quien a causa de permanecer internado en un manicomio los últimos años de su vida había provocado un manto de olvido sobre su

labor; además se destacó como activo periodista y abogado defensor de presos políticos.

Desde una poesía signada por influencias surrealistas, donde la libre asociación y el regusto por la imagen parecían ser sus principales características, junto con cuidadoso manejo de la palabra, Zito Lema evolucionó hacia una temática signada por los acontecimientos socio-políticos que han marcado los últimos años de la vida argentina. A medida que la realidad se endurecía, también su palabra comenzaba a despojarse de ropajes, a quedar desnuda, a convertirse en una acusación. Sin embargo, en ningún momento Zito Lema descendió al panfleto, e incluso en sus poemas más combativos (*Blues largo y violento*, por ejemplo) la magia —aunque salpicada de sangre— reaparecía una y otra vez, como negándose a ser vencida, derrotada por la muerte.

Ahora desde Amsterdam llega su más reciente producción compuesta de sólo seis poemas, donde el horror de las desapariciones y la desolación del destierro aparecen una y otra vez como una constante. Sin embargo, no es ésta una poesía llorosa ni está revestida de pura lamentación; por el contrario, en medio de tanta tristeza, desde el fondo del dolor, Zito Lema regresa con una palabra optimista, con fe en el amor como destino final del hombre. Como lo demuestra en uno de sus poemas, en el que recomienda: «*Poeta del mañana guardián de la alegría / No olvides que un poeta de este tiempo / Alumbró la bóveda de duelos con rostro humano / A caballo del dolor*».

El largo poema «Los 40 en Amsterdam», en el que relata su solitario cumpleaños de axiliado en una ciudad extraña, habrá de integrar —sin duda— esa antología (aún en formación) que habrá de edificarse con los muchos trabajos que han producido estos difíciles años de la historia americana más reciente.—HORACIO SALAS (*López de Hoyos*, 462, 2.º B. MADRID-33).

## LECTURA DE REVISTAS

### NOS QUEDA LA PALABRA

Tras publicar una serie de diez números en los que, además de obras de autores jóvenes, aparecían trabajos monográficos dedicados a un autor consagrado: Miguel Hernández, León Felipe, José Hierro, por ejemplo, la revista se mantuvo algún tiempo sin aparecer, aunque como compensación dio origen a la Editorial Taranto y a su excelente colección de poesía *Nos queda la palabra*.

En la segunda época la publicación aparece renovada, con una impecable presentación gráfica (cosa rara, casi carente de erratas) y con un homogéneo plantel de colaboraciones correspondientes a una temática centrada en la poesía, aunque se incluye también una muestra narrativa en cada número. La idea del equipo responsable de *Nos queda la palabra* (Alfredo Buxán, Manuel Hurtado, Adolfo Navas, Luis Nieto, Ana del Olmo, Juan José Ordóñez, Jorge Regañó, Silvia Remplun, Carmelo Sancho y Gerardo Torres) es incluir en sus páginas trabajos de autores latinoamericanos que, pese a la notoriedad que ostentan en sus respectivos países, resultan poco conocidos en España, junto con los de autores españoles jóvenes.

En el número 3-4, correspondiente al mes de febrero de este año, se incluyen poemas de Víctor Botas (*El sol pone las manos / en la piedra. Pasan / dos grandes ojos verdes. / No me miran. Se ocultan / bajo la piel del agua / las rosas del crepúsculo*), del peruano Jesús Cabel, de Néstor Carmona (*El mar inventó la cámara lenta, las cosas transparentes / y la vida (excepto para los abogados). / Yo soy un abogado. Pretérita medusa es mi alma. En nada se diferencian el jardín del mar: / ambos seducen y se igualan en placer y en alimentos*), de Carmen López Alonso, ocho textos de Sabas Martín dedicados al tema del mar, del argentino Manuel Ruano (*Aquí crezco quemado con una memoria hechizada por la duda. Y nadie se salva de lo que invade / la nostalgia. Ni el canto de la nueva piel. Ni los ojos amados que han de brillar eternamente. Ni el reflejo que nace de la permanencia. / Ni el pecado. Ni la gloria. / Restos son de una lejana luz en el huerto oliente de los ojos perdidos. Lejana luz de restos*) y de Francisco Solano.

La sección de narrativa está cubierta por dos argentinos, uno novel y otro consagrado: Mariano Aguirre publica su cuento «Mejor así» y el excelente novelista Héctor Tizón da prueba de su impecable manejo del idioma propio del Norte de su país en dos cuentos breves, donde cada palabra desempeña el papel exacto y donde no sobra un solo adjetivo: «El ladrón» y «Mazariego».

Domicilio de *Nos queda la palabra*: Paseo de la Chopera, 13, 1.º, C. Madrid-5.

## CUADERNOS DEL GUAYAS

Esta nueva entrega de la veterana publicación de la ciudad de Guayaquil (Ecuador) incluye en esta nueva entrega correspondiente al año 1979 varios homenajes: uno a Benjamín Carrión, otro a Jorge Carrera Andrade, otro a Augusto Sacotto Arias y otro a Jorge Icaza. Además

se incluye un extenso y variado homenaje a Nicaragua, en el cual aparecen las firmas de Sonia Manzano, Fernando Cazón Vera, Fernando Artieda, Carlos Eduardo Jaramillo, Guillermo Tenén Ortega, Enrique Jaramillo Levi, Teresinka Pereira, Ernesto Cardenal, Ernesto Gutiérrez, Gabriela Mistral y Sergio Ramírez. Entre estos textos merecen destacarse especialmente unas viejas páginas del año 1928 de Gabriela Mistral sobre el general Sandino: «(él) carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando las zancadas de botas de siete leguas que es la norteamericana vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de “los dos mil de Sandino” para hacer lo mismo». Y agrega más adelante en esta nota rescatada que ha pasado el medio siglo de escrita: «Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonrado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gentes y de naturaleza».

También conviene destacar el breve prólogo a los poemas políticos de su compatriota Ernesto Gutiérrez escrito por Cardenal, en donde anota: «La poesía nicaragüense se ha caracterizado, entre otras cosas, por ser una poesía revolucionaria. Es revolucionaria desde Rubén. La poesía no necesita tratar del imperialismo para ser revolucionaria—subraya—. La verdadera revolución del poeta—en cuanto tal—es la que él hace en su propia poesía, aunque ésta trate sólo del amor o de las flores».

El erudito ensayo de William John Straub sobre Jorge Carrera Andrade, por su parte, ayuda a una mejor comprensión del autor del poeta de *Llave del fuego*, cuya obra aún no ha sido dimensionada en toda su importancia.

Entre los descubrimientos se encuentra el nombre de un nuevo poeta, al que habrá que seguirle la pista: Raúl Vallejo Corral, quien en los tres poemas que publica se muestra como una voz de singular interés.

Como se sabe, dirige *Cuadernos del Guayas*, desde hace años, el poeta Cristóbal Garcés Larrea.

Domicilio de *Cuadernos del Guayas*: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. Guayaquil (Ecuador.—H. S.